

consentimiento vivieron en perfecta continencia, y fueron uno de los mas ilustres ejemplares de los matrimonios vírgenes, fuentes de gracias y bendiciones.

9. Silvestre II no sobrevivió largo tiempo al advenimiento de san Enrique II al trono de Germania, acaecido en 1002: y este gran papa murió el 12 de mayo de 1003, con el renombre de un pontífice grande y santo, y con la gloria de haber honrado las letras y ciencias, eclipsadas por las tinieblas del siglo x. Cuarenta y nueve cartas nos quedan de este papa, algunas obras de matemáticas y la Vida de san Adalberto, arzobispo de Praga. La Santa Sede va á decaer despues de su muerte de la altura á que la habia levantado, y será juguete de las facciones, hasta que Gregorio VII venga á continuar la obra de Silvestre II.

§ II. PONTIFICADO DE JUAN XVIII (1) (6 de junio-31 de octubre de 1003).

10. Juan XVIII, elevado por su solo mérito á la Santa Silla apostólica, dió las mas fundadas esperanzas de ser digno sucesor de Silvestre II; pero su prematura muerte, acontecida á los tres meses de su pontificado, impidió realizarlas. Falleció el 31 de octubre de 1003.

§ III. PONTIFICADO DE JUAN XIX (19 de marzo de 1004-18 de julio de 1009).

11. El 19 de marzo de 1004 fué elevado á la Silla apostólica Juan XIX. Esta época era ilustre en santos personajes. San Nilo, ilustre ermitaño del siglo xi, acabó su carrera de humildad, soledad y penitencia en Túsculo. Cuando vino á doce millas de Roma, al lugar desierto donde queria morir, fué á verle el conde Gregorio de Túsculo, señor del territorio en que se hallaba. Este señor, movido de ambiciosas miras, no habia sido siempre justo; se le acusaba, y no sin razon, de

(1) Se titula á este papa el décimonono de este nombre, porque se ha introducido el uso de conservar en el catálogo de los pontífices al antipapa Filagathe (Juan XVII), de quien hemos hablado en el pontificado de Gregorio V.

que influia en las elecciones de los soberanos pontífices, y su tiranía habia promovido mas de una vez disturbios en Italia, y aun hecho derramar sangre. Presentándose al santo ermitaño Nilo, se arrojó á sus piés diciéndole: « Padre mio, mis pecados me hacen indigno de recibir en mi casa á un tal siervo de Dios. Sin embargo, pues que os dignais honrar mis dominios con vuestra presencia, hé aquí mi casa, mi ciudad y todos estos campos á vuestra disposicion. Ordenad en todo como gustéis. » El modesto religioso le pidió poder orar con paz y pasar el resto de sus dias en la *Grotta Ferrata*, ermitorio pequeño levantado sobre las ruinas de la antigua patria de Ciceron. Así acabó su santa vida el 26 de setiembre de 1005, dejando recuerdos de soledad cristiana en este retiro ilustrado por la elocuencia y filosofia pagana del príncipe de los oradores latinos.

12. En el año anterior, 1004, san Abbon, abad de Fleury, otra gloria de la vida monástica, murió en Francia, mártir de su celo por la disciplina. Habia emprendido la reforma del monasterio de la *Reola* en la Gascuña; y ya hemos notado que es cosa muy difícil detener la licencia que con menosprecio de las reglas canónicas llega á introducirse en ciertas comunidades religiosas. San Abbon trató desde luego de detener el relajamiento y desórden, que habian llegado á su colmo en el monasterio de la Reola: con este objeto hizo varios reglamentos dictados por su celo: mandó venir de su abadía de Fleury algunos religiosos para mejorar insensiblemente el espíritu general con los buenos ejemplos de virtud y de regularidad. Pero los monjes, picados por estas medidas, se cegaron hasta lo sumo, y se trabaron de manos entre sí. El santo abad quiso ponerse entre medias para hacer cesar una lucha tan sacrilega, y uno de aquellos obcecados le atravesó con un lanzazo. El santo Abbon quiso disimular su herida y quiso subir á su celda, y al entrar en ella espiró en los brazos de Aimon, su fiel discípulo, escritor de su vida.

13. Suministraba la tierra en esta época abundante cosecha para el cielo. San Adalberon, obispo de Metz, murió el 14 de

diciembre de 1005. Era hijo de Federico, duque de la baja Lorena, y de Beatriz, hermana de Hugo Capeto. Le abría su nacimiento entrada á todas las honras del mundo; mas su piedad le dirigió hácia la Iglesia, y si obtuvo altas dignidades, fueron debidas á su mérito. Elegido obispo de Metz en 994, puso en práctica su favorita máxima: « Para hacer bien un buen Pastor ha de principiar por hacerse amar. » Y en efecto tenía para esto dones de gracia y de naturaleza: modales finos y afables, inclinaciones benéficas, y el arte de prestar un favor como si estuviera obligado. Tuvo el celo de todos los grandes santos de su siglo para la reforma monástica, y propagó en su diócesis el órden de san Benito, que llamaba á los religiosos á su primitivo fervor. Quiso poner su obispado bajo los auspicios de la Silla apostólica de un modo especial; y con este designio emprendió una peregrinacion *ad limina Apostolorum*. Su casa era asilo de pobres y desventurados; los recibía con bondad, les lavaba los piés por sí mismo, segun las tradiciones de la cristiandad y hospitalidad antigua, y se creía muy honrado con servir por su mano propia á los representantes de Cristo. Una enfermedad contagiosa, llamada el *fuego sagrado*, le suministró ocasion de desplegar el heroísmo de su caridad. Había entonces muchas familias afligidas por este azote. Los tocados de esta peste acudían al sepulcro de san Goerico en Metz para hallar pronto remedio á su mal. Adalberon recibía en su palacio á los enfermos ó tocados del mal, les lavaba las úlceras infectas y les daba de comer. Adalberon, que amaba tan tiernamente á Cristo en la persona de sus pobres, tenía una tierna y respetuosa devocion á los misterios de este Dios Salvador. Nunca celebraba misa sin revestirse antes de un cilicio, y no podía tener en sus manos el cuerpo y sangre de Cristo sin bañarlos de lágrimas. Pasaba las vigiliás principales de las fiestas sin tomar alimento alguno; y para mas santificar el ayuno de cuaresma con la oracion y recogimiento, se retiraba á un monasterio de su diócesis. San Adalberon murió el 14 de diciembre de 1005.

14. Murió en 1006 san Fulcrano, obispo de Lodeva.

Oriundo de una de las mas nobles familias del Languedoc, Fulcrano sobresalió tanto en piedad y caridad como en celo y vigilancia pastoral. En una hambre que afligia á todo el mediodía de la Francia, fué verdadera providencia de todos los desgraciados. A pesar de sus liberalidades aun halló medios para reedificar desde sus fundamentos su iglesia catedral bajo la invocacion de san Ginés de Arles, y añadirle un monasterio dedicado á san Salvador. Despues de cincuenta y ocho años de episcopado, recibió el premio de sus virtudes el 13 de febrero de 1006. Cuando estaba para espirar, se mandó elevarle los brazos para dar la última bendiccion á su amado rebaño, reunido á la sazón en la catedral, á donde se hizo transportar para dar allí su último aliento.

Otra gloria de la Francia comenzaba á brillar entonces con el doble resplandor de la virtud episcopal y del mérito literario: y fué san Fulberto, obispo de Chartres. Salido de oscura familia, decia de sí mismo: « que se le había sacado » del polvo para hacerle asentar entre los príncipes de la » Iglesia. » Había seguido sus estudios en Reims bajo la direccion de Gerberto, mas tarde Silvestre II. Su fama de elocuente le hizo ser llamado á presidir la escuela claustral de Chartres, y dió pruebas de tanta erudiccion como modestia. A mas de las humanidades y sagradas letras cultivó las ciencias naturales, especialmente la medicina. Por su *Tratado contra los Judios* se ve que sabia el hebreo. No le impidieron seguir con las lecciones públicas las funciones del episcopado, y su voluminosa correspondencia con todos los mayores ingenios en política, en religion y en literatura, atestigua que era mirado como oráculo de la Francia. Ha dado su nombre á la fundacion de la catedral de Chartres, maravilloso monumento del ingenio cristiano de nuestros antepasados. En medio de los trabajos y honores de su dignidad, san Fulberto consideraba con grande espanto la responsabilidad de su dignidad. « Criador mio, » decia, sola esperanza mia, mi vida y mi salvacion, dadme » fuerza y valor. Temo haber entrado temerariamente en el » episcopado y ser para los demás piedra de escándalo: y sin

» embargo, al considerar que sin apoyo de nacimiento ni de riquezas, como el pobre levantado de su estercolero (1), yo he subido á esta cátedra, me es imposible no ver en ello la obra de vuestra Providencia. » San Odilon, abad de Cluny, se vió obligado á calmar sus escrúpulos, y á sus instancias Fulberto consintió en ejercer un ministerio que de tantos bienes colmaba el Señor. Merecía por su doctrina ser contado entre los santos Padres. Sus cartas están escritas con mucha gracia y sutileza, con estilo fácil y delicado. Su *Tratado contra los Judíos* se distingue por la solidez del raciocinio y profundidad de pensamientos. A estos dones de superior entendimiento, añadía san Fulberto celo y prudencia, para el sosten de la disciplina eclesiástica, y dió pruebas de ello durante su episcopado desde 1007 á 1029.

15. Estos ejemplos de santidad y virtud refluían por todas las clases de la sociedad. Las costumbres aun agrestes de las nuevas naciones de Europa iban impregnándose poco á poco de la savia religiosa, y se vió un ejemplar ilustre de esto en la persona de Fulco Nerra, conde de Anjou, uno de los mayores potentados de Francia, á la vez que el mas guerrero y pendenciero. Sobrado violento de carácter, hácia el año 993 habia entrado á mano armada en el claustro de San Martin de Tours, violando el sacro asilo. Los religiosos, para protestar contra este sacrilegio, sacaron todas las urnas de santos y la imágen de Cristo crucificado y las rodearon de espinas. Cerraron las puertas de la iglesia con órden de no abrirlas sino á los peregrinos. Fulco Nerra, sobrecogido de este aparato lúgubre, quiso expiar su falta con pública y solemne penitencia. Vino pues á pié descalzo, acompañado de los grandes personajes de su comitiva, á desagrar el sepulcro de san Martin: se postró ante las urnas de los santos y ante el crucifijo, y prometió respetar en adelante á la Iglesia y á sus propiedades. Este acontecimiento fué principio de una revolucion favorable de los espíritus en el conde de Anjou. Atemorizado de los

(1) *Et de stercore erigens pauperem.* (P. 112, v. 6.)

desórdenes de su vida y para apaciguar los remordimientos de su conciencia, tan lastimada por sus acciones sangrientas, fué en peregrinacion á Jerusalem, y á su regreso fundó el monasterio de Beaulieu, cerca de Loches. Un legado del papa consagró el nuevo convento, y por bula pontificia quedó exento de la jurisdiccion del arzobispo de Tours. Otras dos peregrinaciones hizo Fulco Nerra, que le merecieron el renombre de *Palmero* por las palmas que los peregrinos traen de la Tierra Santa.

16. El duque de Aquitania, Guillermo V, llamado el Grande, era príncipe mas poderoso á la vez, religioso y pacífico que Fulco de Anjou. Era Guillermo defensor de los pobres, padre de los monjes, protector de las iglesias. Tomó en su juventud la costumbre de ir todos los años en peregrinacion á los Santos Lugares, ó á Santiago de Compostela, y de este modo se iba introduciendo en la cristiandad el hábito de renovar los sentimientos de fe y devocion yendo á visitar los lugares consagrados con algun recuerdo glorioso. Sin duda que mas tarde se intredujeron desórdenes en este uso piadoso, porque en todas cosas puede haber abusos; pero en este siglo en que tan viva era la fe, y en que toda la vida estaba dominada por el sentimiento religioso, las peregrinaciones eran además una ocasion de penitencia, conversion y edificacion. Guillermo de Aquitania mantenía relaciones amistosas con el rey de Francia Roberto Pio; Alonso, rey de Leon; Sancho el Grande, rey de Navarra; Canuto, rey de Inglaterra y Dinamarca, y con el emperador san Enrique. Sólidamente instruido y educado en su juventud, retuvo el gusto á los estudios. Creó en su palacio una biblioteca considerable para su época; y á imitacion de Carlomagno, reunió cerca de su persona sabios cuya presencia amaba, y pasaba en su compañía las veladas del invierno. Atrajo la atencion pública del mundo católico sobre la Aquitania el descubrimiento de la cabeza del Bautista. Alduino, abad del monasterio de San Juan de Angeli, en la Santonja, halló en el muro de su iglesia un cofrecito de piedra que contenía un relicario de plata con esta inscripcion: « Aquí yace